



“Los actores sociales de la Revolución Mexicana en la historiografía del último tercio del siglo XX”

p. 55-76

Álvaro Matute

Aproximaciones a la historiografía de la Revolución Mexicana

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2005

190 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía 4)

ISBN 970-32-2780-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/449/aproximaciones.html>

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Los actores sociales de la Revolución Mexicana en la historiografía del último tercio del siglo XX

Si algo puede caracterizar a la historiografía sobre la Revolución Mexicana producida después de 1968, es el rescate de *sus* actores sociales, es decir, de los individuos y grupos que la hicieron posible mediante su participación. No se trata de un propósito único, y en más de un caso es obvio que es intencionado, pero la aportación fundamental del periodo se funda en ese logro.

Después de 1968 hubo un cambio radical en las preguntas acerca de la Revolución. Todavía en los sesenta, la obsesión era establecer la naturaleza revolucionaria del movimiento, su radicalidad y su “clase” o filiación. Se discutía si era burguesa o “social” y, por lo general, se partía de esquemas más o menos rígidos a la vez que simplistas. En los años siguientes, en cambio, se respondió de manera amplia a la pregunta sobre quiénes hicieron la Revolución, de dónde venían, qué los impulsó a la lucha y qué fue lo que hicieron dentro de ella. El conjunto de respuestas es rico y abundante. La Revolución fue un objeto frecuente de los estudios históricos. La cosecha fue mayor en ese campo de estudios que en cualquier otro. No ha habido, ni en calidad ni en cantidad, un repertorio equivalente de estudios sobre otras épocas como la prehispánica, la colonial y el siglo XIX, aunque sobre ellas hayan aparecido estudios notables. El único género, parcela o área de especialización que rivaliza en cantidad-calidad con la Revolución —y que a veces la implica y viceversa— es la historia regional. Éste es el otro auge historiográfico del final del siglo XX. Sociedad y región se conjugaron en una serie de trabajos que hoy son objeto de una evaluación, como todas, provisional por lo cercana.

Reste sólo plantear una pregunta particular: ¿hay relación entre el movimiento estudiantil-popular de 1968 y la historiografía de la Revolución? La respuesta es definitivamente ambigua: sí y no. En algunos casos lo es; en otros, esa historiografía se hubiera producido con o sin la experiencia del movimiento. En lo que éste sí resulta una presencia actuante es, más que en el productor o emisor del mensaje, en el receptor. El movimiento de 68 dio un gran contingente de lectores a la historiografía sobre la Revolución y propició que se consolidara y

extendiera. y que sus productos inmediatos llevaran a los lectores a elaboraciones de instancias más lejanas. Obsérvese este proceso más de cerca.

La historiografía *scholar* o académica norteamericana había hecho de la Mexicana la “Revolución preferida”, según frase de Stanley Ross.¹ Hubo, en efecto, aportaciones valiosas por parte de la generación de discípulos de Frank Tannembaum, pero sus obras pecan de un cierto tradicionalismo formal académico.² En 1969, John Womack, un joven doctor de Harvard, propuso algo enteramente novedoso dentro del discurso académico sobre la Revolución de 1910: su libro *Zapata y la Revolución Mexicana* publicado en inglés y en español de manera casi simultánea.³ Pronto fue devorado por los lectores de ambas lenguas.

¿En qué descansaba su novedad? Era un libro sobre los zapatistas, que no propiamente sobre Zapata, y que, después de un riquísimo epígrafe de Erik Erikson, espetaba: “Éste es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución...” Es obvio que después de eso, el lector ya no soltara el libro. A lo largo de él nos enterábamos de quién era Zapata y quiénes eran Genovevo de la O, Montañó, Amezcuca y todos los demás, pero, sobre todo, el campesino morelense —o de las zonas próximas de Puebla, Estado de México, el sur “profundo” del Distrito Federal y Tlaxcala. El libro combina una ágil narrativa con una sólida base documental, y un enfoque propio de la historia social que no había echado raíces muy profundas en el medio mexicano y que no se había empleado en el estudio de la Revolución. (González Navarro lo había hecho con el Porfiriato.) La obra de Womack seguía siendo monografía como los *Maderos* de Ross y Cumberland o la *Convención* de Quirk, pero era otra clase de monografía que rebasaba la esfera tradicional del conjunto mencionado. En ella se recuperaba al grupo, a la masa, a sus líderes, a sus elementos pensantes junto a la comunidad actuante y su *asabiya*, en el término de Ibn Jaldún. El nuevo monografismo proponía un binomio que proseguiría en el tercio final del siglo, sociedad y región, grupo y medio, hombre y ambiente. ¿Regreso a Taine? Sí y no otra vez. Finalmente la historia es la interacción humana en su entorno natural. Los zapatistas lo ejemplificaron, como también lo hicie-

¹ Stanley Robert Ross, “México: la revolución preferida”, *Anuario de Historia*, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, año II, 1962, p. 99-113.

² Pienso en el propio Stanley Ross, en Charles C. Cumberland y en Robert Quirk. Al margen de ellos, el siempre interesante John W. F. Dulles.

³ John Womack Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, trad. de Francisco González Arám-buru, México, Siglo XXI Editores, 1969, 443 p.

ron unos contemporáneos a la escritura del libro de Womack: los vietnamitas. *Zapata y la Revolución Mexicana* respondió a muchos prejuicios históricos sobre el zapatismo al entender a la gente que lo formó como el resultado de una experiencia colectiva de la cual el líder principal era expresión y vanguardia.

Womack, en suma, al recrear la comunidad zapatista, abrió muchas perspectivas a los historiadores en ciernes y a los lectores: rescatar uno, dos, tres, muchos Zapatas, era la consigna.

La Revolución interrumpida

Fechado en la cárcel de Lecumberri el 18 de julio de 1971 apareció un libro que, como el anterior, se convertiría en uno de los *best-sellers* del veinteno: *La revolución interrumpida*.⁴ Su autor, un escritor argentino, Adolfo Gilly, quien entonces se encontraba recluido, no por haber participado en el movimiento de 68, sino desde antes, cuando un grupo de militantes trotskistas fue detenido y acusado de querer subvertir el orden dorado de los ya lejanos sesenta. Por el título y la factura del libro se podría pensar en uno o más de aquellos destinados a discutir si la Revolución tuvo continuación y vigencia o se había perdido en la noche de los tiempos. Además, era —otra vez— una historia general y ya para entonces sabíamos que las verdaderas aportaciones, para serlo, tenían que ser monografías. Ya no queríamos interpretación, queríamos narración bien documentada. Por si ello fuera poco, las limitaciones que enfrentaría Gilly en Lecumberri, de carácter bibliográfico y documental, hacían al texto sospechoso de no descansar en una buena base de datos. La inteligencia del autor y su estilo fueron derrumbando poco a poco los prejuicios y conquistando a los lectores.⁵ Una de sus claves la da en el apéndice, donde cita a Trosky: “La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos.”

La obra en cuestión es la historia de la irrupción violenta de las masas campesinas, que en un momento de su trayectoria pudieron gobernar sus destinos, pero que fueron sometidas por una minoría que recuperó el mando e interrumpió un proceso real y tangible. Gilly puso el acento en los factores campesinos y en sus expresiones y realizacio-

⁴ Adolfo Gilly, *La Revolución interrumpida*, México, Ediciones El Caballito, 1971, 401 p.

⁵ Es importante subrayar, como ejemplo de recepción, la carta de Octavio Paz a Gilly, publicada en *Plural* de febrero de 1972 y reproducida en *El ogro filantrópico*, México, Joaquín Mortiz, 1979, 348 p., p. 109-124.



nes. El libro es especialmente atinado en el tratamiento de zapatistas, villistas, Convención. Con una prosa clara, atractiva, se ganó a los lectores, que con su libro sustituyeron el oficialismo izquierdista de don Jesús Silva-Herzog y el stalinismo también oficializante de José Mancisor, cuya solemnidad ya no atraía al público lector. Éste requería una obra crítica que hiciera justicia a una memoria histórica más acorde con el mito. Las explicaciones brillantes y sagaces de Gilly lo conquistaron.

La reivindicación de los vencidos

En 1973 aparecieron dos libros de un joven historiador francés —Jean Meyer— que había radicado en México varios años y que en 1969, en el importante congreso celebrado en Oaxtepec, presentó una importante ponencia sobre la historia social, llena de sugerencias y propuestas interesantes.⁶ En 1973, pues, salieron en París el primero y en México el segundo: *La Révolution Mexicaine* (mal traducido al ¿español? el mismo año en Barcelona) y el muy esperado *La Cristiada*, dispuesto en tres volúmenes de breve formato y abundante paginación.⁷

El primer libro es fácilmente calificable de “incómodo”. Su heterodoxia es grande. Privan los puntos de vista adversos al proceso revolucionario, pero comprendidos dentro de él y como expresión de los distintos grupos de vencidos que arrojó el saldo revolucionario. No sólo es eso: es, más que nada, una nueva síntesis de la historia social de la Revolución, que antes no había sido intentada. No obstante su heterodoxia, la reacción contraria que causó fue la de ser acusado de plagiar unas páginas de Francisco Bulnes que no aparecieron debidamente entrecomilladas. Lo que no se dijo es que Meyer era original en sus interpretaciones y que no entrecomillar a don Francisco en nada restaba peculiaridad a su interpretación. En fin, si algo habría que repararle a su libro era la espantosa traducción que perpetró un Luis Flaquer y las erratas al por mayor que destrozan la edición.

⁶ La ponencia fue presentada *in absentia* del autor, mal visto por las autoridades mexicanas como agitador, pero recogida en *Investigaciones contemporáneas sobre Historia de México. Memorias de la Tercera Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos*, México. Austin, UNAM, El Colegio de México, Universidad de Texas, 1971, 755 p., “Historia de la vida social”, p. 373-406.

⁷ Jean Meyer, *La Revolución Mejicana, 1910-1940*, trad. Luis Flaquer, Barcelona, DOPESA, 1973, 280 p. *La Cristiada*, 3 v., trad. Aurelio Garzón del Camino, México, Siglo XXI Editores, 1973-1974.

La obra es fresca y recuperable. (Posteriormente, la Editorial Jus le hizo justicia, con una nueva traducción, esa sí, al castellano).

Pero la aportación mayor de Jean Meyer es *La Cristiada*. A fines de los sesenta Alicia Olivera había publicado un trabajo sólido y serio, pero breve, acerca del conflicto religioso. La gran investigación de Meyer la rebasaba por atender principalmente a los cristeros como sujetos de la historia. Los hombres concretos que se levantaron bajo el lema de “¡Viva Cristo Rey!” Esto es, no buscando tierras ni reivindicaciones materiales, sino amparados por la protección del redentor. Largo tiempo dedicó Meyer a conversar y extraer información en el Bajío, los Altos y todas las zonas de mayor preponderancia cristera. No olvidó el marco político ni la participación de los grupos urbanos, pero el rescate fundamental se dirigió a los campesinos del occidente y centro-norte, que de 1926 a 1929 se rebelaron contra el gobierno.

Womack y Meyer, de este modo, se convertían en los dos pilares de la nueva historia social de la Revolución. Sus aportaciones enriquecieron el panorama historiográfico y trajeron a las regiones a un primer plano del interés histórico e historiográfico.

La desmixtificación ideológica: Córdoba

Por fin un mexicano. Parecía que las investigaciones serias tenían que requerir el patrocinio externo y obedecer a la corriente de la historia social harvardiana (Oscar Handlin) o a la *Nouvelle histoire* francesa. Por fin un joven politólogo michoacano, que trabajó con rigor, primero en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y después en Italia, realizó una aportación de primer nivel: *La ideología de la Revolución Mexicana*, también de 1973.⁸

El libro cubre casi dos decenios, del final porfiriano a los años veinte y, tras agotar fuentes y analizarlas con agudeza y rigor, liquida un problema vigente en la década anterior acerca de la naturaleza ideológica de la Revolución, los orígenes sociales de quienes expresaron sus ideas en la misma Revolución y de cómo las experiencias e ideas ahí descritas conformaron el “nuevo régimen”. Por fin un mexicano contribuía con uno de esos textos insoslayables. Su aportación iba dirigida fundamentalmente a esclarecer la naturaleza del Estado mexicano, pero sin caer en la abstracción jurídica, sino a partir de lo histórico-concreto,

⁸ Arnaldo Córdoba, *La ideología de la Revolución Mexicana*, México, Ediciones Era, 1973, 508 p.



60 APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

de los participantes en la Revolución. Alguien ha llamado “clásico” a este estudio. Lo es.

Interlúdico: Fuentes Mares

Dos años antes de la aparición de libros tan serios como los de Córdova y Meyer, esto es, en 1971, un gran historiador dio a las prensas un espléndido divertimento sobre la Revolución: don José Fuentes Mares, con *La Revolución Mexicana: memorias de un espectador*, obra en la cual un narrador imaginario cuenta en primera persona su visión de las cosas. Libro antioficialista, expresa una subjetividad radical que rompe los moldes oficialistas y desbanca a los “héroes” al colocarlos en su dimensión humana. Asimismo, la subjetividad manifiesta o abierta le permite ofrecer una *doxa* que hace del tratamiento de la Revolución algo que no vale la pena leer en letras de bronce. Si no hay aportación en cuanto a investigación, es un libro más que estimable. La Revolución no podía ser más objeto de culto. La hicieron personas como usted o yo.⁹

Hacia la gran visión de conjunto: la Historia Colmex

En rigor Arnaldo Córdova no era el único mexicano a la altura de las posibilidades de escribir una historia de la Revolución con solidez y profundidad. Dos investigadores del Colegio de México ya lo habían hecho, gracias en gran medida al magisterio de don Daniel Cosío Villegas. Se trata del entonces muy joven Lorenzo Meyer y de la maestra Berta Ulloa. Los dos dieron a conocer sendos trabajos de historia diplomática: *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero*¹⁰ y *La Revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos (1910-1914)*.¹¹ Se trata de dos excelentes monografías, produc-

⁹ José Fuentes Mares, *La Revolución Mexicana. Memorias de un espectador*, México, Joaquín Mortiz, 1971, 243 p. En la segunda parte de este libro le dedico un comentario más extenso, que resultó del agrado del autor, según lo manifiesta en su autobiografía *Intravagario*, México, Grijalbo, 1985, 187 p., *vid.*, p. 175.

¹⁰ Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, 2a. ed., México, El Colegio de México, 1972, 503 p. [La primera edición es de 1968.]

¹¹ Berta Ulloa, *La Revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos (1910-1914)*, 2a. ed., México, El Colegio de México, 1976, 451 p. [La primera edición es de 1971.]

to de una alta especialización académica y que tratan temas que los mexicanos recuperaban de una manera más cabal que los extranjeros.

El Colegio de México tenía, pues, el material humano para llevar a cabo una empresa cultural de índole mayor: una historia de la Revolución Mexicana que abarcara de las postrimerías porfirianas al pasado entonces inmediato, esto es, la época del sonriente López Mateos. Tal vez llamar “Revolución Mexicana” a un periodo tan largo resulta excesivo. Había, en todo caso, alguien muy capaz de conducir a un posible equipo de historiadores. Se trataba de un viejo lobo de los mares de la historia: Daniel Cosío Villegas, a quien el presidente Echeverría otorgó el presupuesto necesario para levantar una auténtica fábrica de historia, cuyos superintendentes fueron Luis González y Luis Muro. Ellos componían el Estado Mayor y proveían del *detall* a los brigadieres encargados de conducir la investigación histórica correspondiente.

El equipo fue algo heterogéneo en lo que corresponde a edades y formaciones. La división *senior* la componían Luis González mismo, Rafael Segovia, Berta Ulloa y Eduardo Blanquel. En un punto intermedio se puede colocar a Olga Pellicer de Brody y la división *junior* quedaba formada por Jean Meyer, Lorenzo Meyer, el binomio Luis Medina-Blanca Torres, José Luis Reyna y Álvaro Matute. Luego, a la hora de las redacciones finales, fueron ascendidos varios coroneles: Alicia Hernández, Victoria Lerner y Enrique Krauze.¹²

La obra es irregular, como todo trabajo colectivo. Algunos ponen los acentos mayores en los aspectos políticos y otros en lo que resulta de sus obsesiones —especialidades— propias. Por ejemplo, Victoria Lerner hizo un volumen sobre la educación socialista, mientras que Blanca Torres no pierde de vista los aspectos internacionales. Don Luis González da rienda suelta a sus gustos por la historia generacional; Segovia, L. Meyer, Medina y Pellicer-Reyna insisten en los aspectos políticos. J. Meyer y Krauze aportan elementos socioeconómicos. En fin, quedó claro que la obra no seguiría los mismos derroteros que la *Historia moderna de México*, dado que don Daniel aportó su gran experiencia, pero dejó en libertad a los directores de equipo de llevar sus naves por el rumbo que consideraran indicado.¹³

¹² Los resultados aún no llegan al público en su totalidad debido al retraso producido por el finado —y siempre bien recordado— maestro Eduardo Blanquel y Álvaro Matute. De manera que los tomos 1-3 y 9 no han aparecido.

¹³ Bajo el rubro general de *Historia de la Revolución Mexicana*, la obra se dividió en los siguientes periodos: 1906-1914, 1914-1917, 1917-1924, 1924-1928, 1928-1934, 1934-1940, 1940-1952 y 1952-1960 tratados en veintitrés volúmenes, cada uno con título y autor particulares:

Con esa línea, cada uno siguió su camino, pero sin dejar de atender los temas políticos, sociales, económicos e internacionales. Resulta difícil —y parcial— reseñar cada uno de los volúmenes publicados. Cabe sólo precisar que es un intento serio de captar una totalidad histórica que abarca medio siglo de acontecer.

Dos cronopios de la historiografía: Krauze y Aguilar Camín

Ninguno de los dos estudió la licenciatura en Historia. Uno es ingeniero y el otro comunicólogo. Ambos coincidieron en la misma promoción del doctorado en Historia del Colegio de México. Después, los dos produjeron libros de muy buena aceptación, resultantes de sus tesis doctorales, los dos buenos escritores y los dos se identifican con cada una de las principales revistas culturales de México: *Vuelta* y *Nexos*. Podría agregar a la lista de paralelismos que son casi de la misma edad y que, por consiguiente, andaban por los 22 ó 23 años en 1968 y que el movimiento los impactó de manera profunda. También, los dos son muy altos.

Entrando en materia, su obra se refiere a grupos. La del uno a los intelectuales y la del otro a los civiles sonorenses devenidos militares y a la manera en que unos y otros participaron en la Revolución y la secuela que dejaron.¹⁴

La obra de Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, es la biografía juvenil de un grupo de intelectuales que conformaron una generación fundamental de la historia mexicana: los hombres de

Berta Ulloa, *La Revolución escindida* (v. 4, 1979, 178 p.), *La encrucijada de 1915* (v. 5, 1979, 267 p.), *La Constitución de 1917* (v. 6, 1983, 569 p.); Álvaro Matute, *Las dificultades del nuevo Estado* (v. 7, 1995, 313 p.), *La carrera del caudillo* (v. 8, 1980, 201 p.), Enrique Krauze, *La reconstrucción económica* (v. 10, 1977, 323 p.), Jean Meyer, *Estado y sociedad con Calles* (v. 11, 1977, 371 p.), Lorenzo Meyer, *Los inicios de la institucionalización. La política del maximato* (v. 12, 1978, 314 p.), *El conflicto social y los gobiernos del maximato* (v. 13, 1978, 335 p.), Luis González, *Los artífices del cardenismo* (v. 14, 1979, 271 p.), *Los días del presidente Cárdenas* (v. 15, 1981, 381 p.), Alicia Hernández Chávez, *La mecánica cardenista* (v. 16, 1979, 236 p.), Victoria Lerner, *La educación socialista* (v. 17, 1979, 199 p.), Luis Medina, *Del cardenismo al ávilacamachismo* (v. 18, 1978, 410 p.), Blanca Torres Ramírez, *México en la Segunda Guerra Mundial* (v. 19, 1979, 380 p.), Luis Medina, *Civilismo y modernización del autoritarismo* (v. 20, 1979, 205 p.), Blanca Torres, *Hacia la utopía industrial* (v. 21, 1984, 331 p.), Olga Pellicer de Brody y José Luis Reyna, *El afianzamiento de la estabilidad política* (v. 22, 1978, 222 p.) y Olga Pellicer de Brody y Esteban Mancilla, *El entendimiento con los Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador* (v. 23, 1978, 298 p.)

¹⁴ Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1976, 329 p. Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1977, 450 p. De ambos hay comentario extenso en la segunda parte.

1915 o generación de los Siete Sabios, guiados a su vez por los caudillos mayores del Ateneo. Krauze logró amalgamar la historia social con la intelectual, superando la historia de las ideas, a través de la biografía. Este género fue revitalizado por él en nuestro medio, en el que sólo Fuentes Mares había propuesto modelos acabados. Krauze abrió ruta y la continuó con un texto complementario a su libro señalado: *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual* (1980).¹⁵

Por su parte, Héctor Aguilar Camín logró un trabajo de absoluta interdisciplinaria. En *La frontera nómada. Sonora y la Revolución Mexicana* (1977) hay antropología, política, sociedad, biografía, historia militar e historia regional. En suma, una historia lograda de manera excelente, con penetración y desenfado, en la que destaca el papel desempeñado por los protagonistas sonorenses de la Revolución: De la Huerta, Calles, Obregón, Cabral, Hill, Alvarado, en fin, los *winners* de la Revolución. En este renglón, Aguilar Camín recuperó un conjunto de personas y a unos actores sociales fundamentales, ya que la aceptación popular de los grandes perdedores hacía a los sonorenses prácticamente desconocidos.¹⁶

Con estas dos obras, el conocimiento de la Revolución ganaba enormidades.

El cine y la novela: dos miradas a la sociedad

En los años de 1978 y 1981 fueron publicados dos estudios que, formalmente, no observan ninguna similitud, salvo en el hecho de que los dos tienen como objeto final conocer la sociedad mexicana del final del antiguo régimen y de la Revolución a través de fuentes distintas a las que son comúnmente propias del historiador: la novela y el cine. Se trata del libro del profesor oxoniano John Rutherford, *La sociedad mexicana durante la Revolución* (aparecido en inglés en 1971) y el de Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México (1896-1930). I. Vivir de sueños (1896-1920)*.¹⁷

¹⁵ La trayectoria posterior de Krauze da muestra de su incidencia en el género biográfico. No es casual que su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia se titule "Plutarco entre nosotros". Destaca su serie *Biografía del poder*, que incluye a las principales figuras de la Revolución y a Porfirio Díaz.

¹⁶ Si bien Aguilar Camín no ha emprendido otra investigación enjundiosa, sus ensayos sobre temas revolucionarios son de excelente factura. Con mucha base histórica ha incurrido en la novela política.

¹⁷ John Rutherford, *La sociedad mexicana durante la Revolución*, trad. Josefina Castro, México, Ediciones El Caballito, 1978, 366 p. Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México. I. Vivir de sueños*.



La novela y el cine son recreaciones de la realidad, específicamente de la realidad social, a la que observan a través de la subjetividad del escritor y del cineasta. Las visiones que proponen contienen dosis de imaginación y realidad, utilizando ésta de manera distinta a como lo hace el historiador, quien si bien hace recreación, sus reglas del juego son distintas a las del novelista y a las del cineasta. Pero el caso es que ambos observan y recogen datos de la sociedad y la muestran a los demás ya elaborados bajo la estructura de un discurso escrito o visual.

Con esas fuentes, Rutherford y De los Reyes se acercaron a la sociedad coetánea a la Revolución y la mostraron, el primero, a través de una rigurosa clasificación de tipos y estratos; el segundo, a su vez, toma del cine los datos para ver a la sociedad, pero también plantea cómo el cine modifica la sociedad al influir en ella. Es un estudio circular en donde una fuente alimenta a la otra en una rotación perpetua.

El historiador inglés muestra cómo son necesarios —uno para el otro— el historiador y el crítico literario. Aurelio de los Reyes, por su parte, nos sensibiliza acerca de la importancia mayúscula del gran medio del siglo XX y de su lenguaje para conocer la realidad. Ya por 1930 Gilberto Loyo decía que el cine sería la epigrafía moderna. Los dos, sin hacer a un lado la política, ponen su mirada en la gente, retratándola o tipificándola y enriqueciendo las posibilidades de lectura de testimonios del pasado.

La Revolución en las regiones

Ya quedó establecido, al comentar los trabajos de Womack y J. Meyer, que hay una estrecha vinculación entre sociedad y región. La historia regional, es obvio, tiene credenciales más antiguas. Sin embargo los dos autores indicados la destacaron. Otro historiador, mexicano y muy experimentado, había dado a conocer obras muy importantes en ese campo, las cuales rebasaban los límites cronológicos del movimiento revolucionario de 1910. Es Moisés González Navarro, quien, en su libro *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén*¹⁸ (1970), hizo un pa-

de sueños (1896-1920), México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1981, 271 p. II. *Bajo el cielo de México (1920-1924)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1993, 409 p.

¹⁸ Moisés González Navarro, *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén*, México, El Colegio de México, 1970, 392 p.

norama general de la historia social de la península yucateca. Obras como ésta, como *La Cristiada*, el *Zapata*, algunas partes de la *Historia del Colegio de México*, llegaron a mostrar que no era fácil aceptar generalizaciones “nacionales” en ámbitos muy distintos; que la Revolución no tuvo el mismo significado en Oaxaca que en Coahuila; que hubo territorios marginales en unas épocas y de participación intensa en otras, así como algunos que fueron más escenarios que protagonistas activos. Después de la mitad de los setenta la necesidad del estudio regional se hizo inminente. Historiadores nacionales y extranjeros se volcaron sobre las regiones y los estados y dio comienzo una producción notable y rica que todavía se encuentra en proceso abierto y que, por lo mismo, no ha llegado a abarcar todo el país.

En este renglón es difícil establecer quién inició y quién hizo los primeros planteamientos originales. Lo que resulta evidente es que desde el final de los años setenta se desarrolló y fortaleció la historia regional en general y en particular la referida a la Revolución.

El ya mencionado Aguilar Camín hizo una magnífica aportación en 1977 con Sonora. De ese año data también *El agrarismo en Veracruz. La etapa radical (1928-1935)*, de Romana Falcón,¹⁹ cuyo tema es la contribución de la región al contexto nacional de la ideología y praxis agraristas del ingeniero Adalberto Tejeda. De tema semejante es una obra de la profesora norteamericana Heather Fowler.²⁰ La propia Romana Falcón volvió sobre Veracruz y Tejeda posteriormente y de hecho no ha abandonado el trabajo regional, sino que también ha extendido su saber hacia San Luis Potosí, estado sobre el que publicó *Revolución y caciquismo en San Luis Potosí. 1910-1938*.²¹ Dentro del mismo estado, Romana Falcón puso en tela de juicio, en original artículo, los orígenes populares de la Revolución maderista, al señalar precisamente los vínculos entre la oligarquía potosina y Madero.

San Luis Potosí ha sido tema de Luisa Beatriz Rojas, con Cedillo y Carrera Torres, en su libro *La pequeña guerra*. La autora también incurrió en *La destrucción de la hacienda en Aguascalientes*.²² Ambos libros

¹⁹ Romana Falcón, *El agrarismo en Veracruz. La etapa radical (1928-1935)*, México, El Colegio de México, 1977, 180 p.

²⁰ Heather Fowler-Salamini, *Movilización campesina en Veracruz, 1920-1938*, México, Siglo XXI, 1979, 227 p.

²¹ Romana Falcón, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938*, México, El Colegio de México, 1984, 306 p.

²² Beatriz Rojas, *La destrucción de la hacienda en Aguascalientes, 1910-1931*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1981, 159 p. Y *La pequeña guerra. Los Carrera Torres y los Cedillo*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1983, 155 p.

fueron dados a conocer por una sólida institución dedicada a promover la historia regional: El Colegio de Michoacán. Otra estudiosa de San Luis es Victoria Lerner.²³ Del lado americano, ha estudiado el mismo estado Dudley Ankersen.²⁴ No obstante, hay que considerar pionero al marxista James D. Cockcroft, quien en sus *Precursores intelectuales...*²⁵ partía del estudio de la estructura potosina y seguía la trayectoria de los principales magonistas. Tiene con ello, en su haber, el ser otro tipo de precursor intelectual.

Tomás Garrido Canabal atrajo el interés de Carlos Martínez Assad, quien en su obra *El laboratorio de la Revolución*²⁶ (1979) incursionó en el trópico tabasqueño, aunque también ha dedicado sus esfuerzos al San Luis cedillista.²⁷ Martínez Assad, en su gestión como director del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, destacó como promotor de este campo de trabajo. A sus esfuerzos de coordinación se deben dos coloquios que dieron lugar a sendos libros importantes: *La Revolución en las regiones*, editado por la Universidad de Guadalajara en 1986, el cual tuvo una participación muy rica, empeñada en demostrar la mayoría de edad de muchos investigadores jóvenes adscritos a centros de trabajo provincianos, que dejaron atrás la imagen tradicional del historiador local, caracterizada por Luis González y por José María Muriá en diversos escritos, a su vez, destacados impulsores de la historiografía regional. El otro libro es *Estadistas, caudillos y caciques* (1988), rico en material regional.²⁸

Dentro del grupo de jóvenes historiadores dedicados a los diferentes estados de la República, cabe mencionar —bajo riesgo de omitir a muchos— a Francisco José Ruiz Cervantes, dedicado a Oaxaca.²⁹ La Revolución en Jalisco ha sido tema fundamental para Mario Aldana,

²³ Victoria Lerner Sigal, *Génesis de un cacicazgo: antecedentes del cedillismo*, México, UNAM, 1989, 318 p.

²⁴ Dudley Ankersen, *El caudillo agrarista. Saturnino Cedillo y la Revolución Mexicana en San Luis Potosí*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1994, 304 p.

²⁵ James D. Cockcroft, *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1971, 290 p.

²⁶ Carlos Martínez Assad, *El laboratorio de la Revolución. El Tabasco garridista*, México, Siglo XXI, 1979, 309 p.

²⁷ Carlos Martínez Assad, *Los rebeldes vencidos. Cedillo contra el Estado cardenista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, 252 p.

²⁸ *La Revolución en las regiones*, 2 v., Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1986, y Carlos Martínez Assad (coord.), *Estadistas, caciques y caudillos*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1988, 403 p.

²⁹ Francisco José Ruiz Cervantes, *La Revolución en Oaxaca. El movimiento de la soberanía (1915-1920)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 223 p.

Jaime Tamayo, Rubén Rodríguez García y Rafael Torres Sánchez.³⁰ Arturo Alvarado se ha centrado en Tamaulipas y Portes Gil, mientras que Carlos Macías ha hecho lo propio en Sonora y Calles.³¹ El serio y sólido investigador Mario Ramírez Rancaño ha contribuido al conocimiento de la región poblano-tlaxcalteca.³² Chiapas, por su parte, antes de 1994, atrajo la atención de Alicia Hernández, en un importante artículo. Ese estado encontró a su gran exégeta en Antonio García de León y su excelente libro *Resistencia y utopía* (1985).³³ Zapata no fue agotado por Womack, como de hecho sobre ningún tema se ha dicho la última palabra. Para confirmarlo están Salvador Rueda Smithers y Laura Espejel, y recientemente Felipe Ávila.³⁴ Enlistar a los historiadores de Michoacán sería imposible, no obstante, por lo menos cabe consignar a Verónica Oikión, Martín Sánchez y Álvaro Ochoa.³⁵

Entre los investigadores extranjeros hay notables regionalistas dedicados a la Revolución: los norteamericanos Gilbert Joseph, autor de un texto fundamental sobre Yucatán, y Raymond Buve, historiador

³⁰ Lo más significativo es la obra colectiva coordinada por Mario Aldana Rendón, *Jalisco desde la Revolución*, 10 v., Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco y Universidad de Guadalajara, 1988. De manera independiente, destacan Rubén Rodríguez García, *La Cámara Agrícola Nacional Jalisciense. Una sociedad de terratenientes en la Revolución Mexicana*, México, INEHRM, 1990, 126 p. Rafael Torres Sánchez, *Revolución y vida cotidiana en Guadalajara, 1914-1934*, México, Galileo Ediciones y Universidad Autónoma de Sinaloa, 2001, 443 p.

³¹ Arturo Alvarado, *El portesgilismo en Tamaulipas: estudio sobre la constitución de la autoridad pública en el México posrevolucionario*, México, El Colegio de México, 1992, 390 p., y Carlos Macías Richard, *Vida y temperamento. Plutarco Elías Calles, 1877-1920*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, 350 p. Además de esta obra, Macías ha editado correspondencia de Calles y una antología de textos.

³² Mario Ramírez Rancaño destaca como historiador de la región poblano-tlaxcalteca. Entre sus títulos, *El sistema de haciendas en Tlaxcala*, México, CONACULTA, 1990, 292 p., *La Revolución en los volcanes. Domingo y Cirilo Arenas*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1995, 283 p.

³³ Alicia Hernández Chávez, "La defensa de los finqueros en Chiapas, 1914-1920", *Historia Mexicana*, XXVIII, 3, enero-marzo de 1979, p. 335-369, y Antonio García de León, *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acacidas en la Provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*, 2 v., México, Ediciones Era, 1985. No menciono la abundante obra aparecida después de 1994, que, por cierto, incide poco en los años de la Revolución.

³⁴ La bibliografía de tema zapatista es abundante, queden consignados los siguientes títulos: Laura Espejel López (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, México, INAH, 2000, 477 p. Salvador Rueda Smithers, *El paraíso de la caña. Historia de una construcción imaginaria*, México, INAH, 1998, 231 p. Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Los orígenes del zapatismo*, México, El Colegio de México-UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, 332 p.

³⁵ Martín Sánchez, *Grupos de poder y centralización política en México. El caso Michoacán, 1920-1924*, México, INEHRM, 1994, 263 p. Verónica Oikión Solano, *El Constitucionalismo en Michoacán. El período de los gobiernos militares (1914-1917)*, México, CONACULTA, 1992, 602 p. Y *Michoacán en la vía de la unidad nacional, 1940-1944*, México, INEHRM, 1995, 487 p.



de Tlaxcala. El estado de Guerrero atrajo al historiador inglés Ian Jacobs, así como Oaxaca a Garner y Thomas Benjamin a Chiapas.³⁶

Obreros y trabajadores

La historia obrera tuvo un impulso mayor en los años setenta, en consonancia con el apogeo de la influencia marxista en la historiografía. Sin embargo, no puede hablarse de un libro de mayor impacto. De hecho, se trabajó mucho en tesis y en la recuperación de materiales, sobre todo a partir de una dependencia de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, el Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero, bien conducido por Enrique Suárez Gaona. Como ejemplo de lo que inició como tesis y luego consolidó en un libro de interés, está el relativo a los tranviarios del Distrito Federal en la época del general Obregón, por Miguel Rodríguez.³⁷ Por su ámbito, es regional, como lo puede ser en algún sentido, uno de los mejores libros, no propiamente de historia obrera, sino relativo a la política de los trabajadores, se trata de *Bolshevikis*, de Paco Ignacio Taibo II.³⁸ La investigación, expresada en una narración sobresaliente, le hizo justicia a un tema acariciado por muchos, pero frecuentemente frustrado, como la política que pretendían sus sujetos. Por último, cabe mencionar una aportación solitaria y bien construida, relativa a la relación de los movimientos obreros de México y Estados Unidos. Su autor es Javier Torres Parés.³⁹

³⁶ Gilbert M. Joseph, *Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos, 1880-1924*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 381 p. Raymond Buve, *El movimiento revolucionario en Tlaxcala*, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala y Universidad Iberoamericana, 1994, 589 p. Ian Jacobs, *La Revolución Mexicana en Guerrero: una revuelta de los rancheros*, México, Ediciones Era, 1990, 258 p. Paul H. Garner, *La Revolución en la provincia: soberanía estatal y caudillismo en las montañas de Oaxaca, 1910-1920*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, 235 p. Thomas Benjamín *El camino a Leviatán. Chiapas y el Estado mexicano, 1891-1947*, México, CONACULTA, 1990, 382 p. Del mismo autor y Mark Wassermann (coord.), *Historia regional de la Revolución Mexicana. La Provincia entre 1910 y 1929*, México, CONACULTA, 1992, 485 p. Buen muestrario colectivo de investigaciones sobre diferentes espacios.

³⁷ Miguel Rodríguez Macías, *Los tranviarios y el anarquismo en México (1920-1925)*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1980, 261 p.

³⁸ Paco Ignacio Taibo II, *Bolshevikis. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México (1913-1925)*, México, Joaquín Mortiz, 1986, 418 p.

³⁹ Javier Torres Parés, *La revolución sin fronteras. El Partido Liberal Mexicano y las relaciones entre el movimiento obrero de México y el de Estados Unidos*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1990, 259 p.

La historia regional de la Revolución ha enriquecido como ninguna otra las posibilidades de explicación de la complejidad nacional y ha puesto de manifiesto que la historia de la Revolución no debe agotarse en sus límites cronológicos, cualesquiera que éstos sean, y debe extenderse en largas duraciones que la abarquen en “antes y después”. Y también, desde luego, ha enseñado que no se puede hablar de la misma Revolución en un país tan diverso.

La dimensión mundial de la Revolución: Katz

De Friedrich Katz se conocía un libro que no había traspasado las barreras de la lengua alemana.⁴⁰ Se sabía de él por reseñas más o menos generosas que describían su contenido y apuntaban su importancia. La obra en cuestión pertenecía a la esfera de la historia diplomática y su objeto era esclarecer lo acontecido entre Alemania, Díaz y la Revolución. Más adelante se manifestó el interés de Katz en Pancho Villa y comenzó a expresarlo en artículos y ponencias, los cuales también abarcaban el tema de las haciendas, antes y durante la lucha armada. Hubo que esperar hasta 1981, cuando la Universidad de Chicago dio a conocer el nuevo-viejo texto de Katz: *La guerra secreta en México*.⁴¹ El nuevo libro engloba al anterior y lo hace rebasar el tema diplomático para destacar la interrelación entre la política mundial, el interés de las potencias en las materias primas, y el desarrollo de las regiones productoras y sus ligas con el ámbito nacional. En este sentido, al abrir el libro, el lector encuentra ante sí un excelente tratamiento del desarrollo del norte de México como área generatriz de la Revolución. Más adelante se recupera el problema mundial y se observa la Revolución desde la mira de los intereses internacionales, que caminan hacia el estallido de la Primera Guerra Mundial.

De esta manera, Katz vino a romper moldes estrechos y a ver, desde una perspectiva realmente amplia, cuestiones que lo nacional amenazaba con encerrar dentro de su propia ámbito. Katz pone de manifiesto el carácter mundial o internacional de la historia y por ello, entre otras cosas, *La guerra secreta en México* se ha convertido en un hito de la historiografía de la Revolución Mexicana.

⁴⁰ Friedrich Katz, *Deutschland, Díaz, und die mexikanische Revolution*.

⁴¹ Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, 2 v., trad. de Isabel Fraire y José Luis Hoyo, México, Ediciones Era, 1982.



La inevitable conmemoración y la divulgación histórica: los 75 años

Un discurso de Luis González lleva el significado título de “La historia académica y el rezongo del público”. En él, entre otras cosas, se plantea la necesidad de liberar la escritura de la historia de las ataduras académicas para entregarla a un universo mayor de lectores. Al gobierno mexicano se le presentó la ocasión de celebrar en 1985 el LXXV aniversario del inicio de la Revolución. La Clío de Bronce amenazaba con hacer proliferar más y más estatuas, homenajes, fraseología hueca, discusiones sobre la continuidad o vigencia revolucionaria y más cosas por el estilo. Sin embargo, salimos mejor librados que, por ejemplo, en 1960. En ese año todavía era más fuerte la tendencia a unir presente y pasado. Veinticinco años después todo era más difícil. El tono solemne de la retórica lopezmateísta había quedado atrás. Los protagonistas estaban definitivamente muertos. Los que escribimos sobre esas cosas habíamos nacido muchos años después. Había entonces que hacer algo para llevar el conocimiento de la Revolución a sectores amplios.

La acción gubernamental fue positiva en el campo particular de las ediciones. El Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), dependiente de la Secretaría de Gobernación, llevó a cabo una labor editorial intensa. Reeditó en facsímil muchos de los libros importantes de y sobre la Revolución Mexicana, que a esas alturas del partido sólo eran accesibles en librerías de viejo, y ni en ellas. Volvieron a circular obras aparecidas hace mucho tiempo en ediciones a veces escasas —algunas de quinientos ejemplares cuando mucho— y que recogen la voz y la pluma de los protagonistas de la propia Revolución. Las notas introductorias son exiguas y alguna errónea. No obstante, se publicó una magnífica biblioteca revolucionaria.⁴² El mismo INEHRM patrocinó la elaboración de antologías documentales de los principales caudillos y de personajes destacados de la época.

El Senado de la República y la Secretaría de Educación, con el impulso profesional del CONAFE y de la Editorial Salvat, encomendaron a Javier Garcíadiego, respaldado por la experiencia profesional de Enrique Florescano y de un consejo asesor, la coordinación de una obra múltiple que llevó por título *Así fue la Revolución Mexicana*. dentro de ella alternan plumas más o menos experimentadas al lado de otras noveles, pero todas de especialistas en sus respectivos temas. El esquema de la obra permite que muchos temas, aunque tratados de manera

⁴² En el capítulo sexto de este libro se da un pormenor de estas ediciones conmemorativas.

breve, aparezcan por primera vez en una obra de conjunto. Ello hace de *Así fue la Revolución Mexicana* un trabajo muy completo y al mismo tiempo sencillo en su lenguaje. Nota particular merece la ilustración, que incorporó imágenes no conocidas, fruto de nuevas investigaciones iconográficas. Uno de los volúmenes recoge planes y documentos y dos de ellos un diccionario biográfico, hasta entonces el más completo de los que se han elaborado acerca de la Revolución, pese a sus omisiones. En suma, esta obra significa por comunicar a un grupo amplio de especialistas con un público más amplio todavía.

Dentro del marco conmemorativo puede ser ubicada la serie de “Biografías del poder”, debida a Enrique Krauze, auxiliado por un grupo de colaboradores y con un excelente apoyo iconográfico. El texto es sencillo y directo, propio de la buena escritura de Krauze, aunque dentro de su sencillez no escatima las interpretaciones, si se quiere audaces, pero bien meditadas, como la relativa a la muerte de Carranza. La hipótesis del suicidio, que levantó una ola de comentarios adversos, no es descabellada. Ciertamente es difícil probar cualquier cosa en uno y otro sentido, pero es factible. Recordando que los textos biográficos de los ocho personajes seleccionados sirvió de base para guiones de programas de televisión, debidamente recogidos en video, el propósito de hacer llegar a un público amplio algo de la historia de la Revolución resultó exitoso.

Guerra y la vinculación con el antiguo régimen

A lo largo de la década de los ochenta, dos notables investigadores europeos han polemizado acerca de sus respectivas ideas sobre la Revolución Mexicana: François-Xavier Guerra y Alan Knight. Los dos se dieron a conocer mediante trabajos breves, artículos y ponencias. Guerra llamó la atención de los lectores con un brillante artículo titulado “Territorio minado. Más allá de Zapata en la Revolución Mexicana” (1983). En él señalaba la amplia participación de los mineros en los levantamientos de 1910. Su contribución fue notable. Años más tarde, y con la utilización de la prosopografía como método, dio a conocer su *México: del antiguo régimen a la Revolución*.⁴³ En esta obra, que apenas cubre la etapa maderista, se pone mayor énfasis en el pasado de la Revolución, es decir, en el antiguo régimen, su formación —desde

⁴³ François-Xavier Guerra, *México: del antiguo régimen a la Revolución*, trad. de Sergio Fernández Bravo, 2 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1988. (En francés, 1985.)



la época de la Reforma— y su desarrollo a lo largo del Porfiriato. Hay detrás de esta obra toda una tradición historiográfica francesa que puede arrancar de Tocqueville y llegar a Furet, pasando por Raymond Aron. Si bien ha recibido comentarios adversos muy severos (González Navarro; Knight) también ha merecido elogios. Se trata de un trabajo sólido que —como señaló Jean Meyer— se destaca por establecer el vínculo de la Revolución con el pasado que la formó y no con los elementos de ruptura, sino con las continuidades que de manera innegable tuvo la Revolución. Es un libro muy importante.

Knight: “La Revolución es la Revolución”

La famosa frase de Luis Cabrera puede servir de epígrafe para connotar la obra de Alan Knight. Crítico severo de sus predecesores, se ha manifestado como un excelente lector de la historiografía revolucionaria reciente, así como un investigador muy notable. Sus ponencias y artículos que lo dieron a conocer siempre revelaron a un trabajador riguroso y sensible. Se había ocupado de participantes muy diversos de la Revolución, como intelectuales y campesinos. Estas contribuciones menores —en extensión, mas no en calidad— hacían muy esperadas sus obras mayores: su trabajo sobre las relaciones entre México y Estados Unidos, de 1910 a 1940, y, sobre todo, *La Revolución Mexicana*.⁴⁴ Se trata, ésta, de una obra mayor, tanto en calidad como en cantidad. Es una investigación que sobrepasa muchos trabajos, que penetra en zonas que habían sido tocadas sólo tangencialmente, o de plano permanecido intocadas. A la inversa de Guerra, el énfasis está puesto en la ruptura, en la Revolución, en el cambio, en la lucha por la autogestión, por la libertad, por la democracia en todos los medios. Es un trabajo en el que los actores sociales, serranos, campesinos, son recuperados en su voz y sus acciones. Repasa las experiencias regionales y las conjuga en el espacio nacional. Libro notable.

Epílogo: la Revolución en el cambio de siglo

Sin pretender exhaustividad, es necesario tener una visión panorámica de lo que ha sucedido con la historiografía sobre la Revolución

⁴⁴ Alan Knight, *La Revolución Mexicana. Del Porfiriato al régimen constitucional*, 2 v. México, Grijalbo, 1996. Hubieron de transcurrir diez años para contar con la versión en español.

Mexicana en el último decenio del siglo XX. Por una parte, si bien el Estado mexicano se comenzó a desvincular de ella a partir de 1988, en aras de la globalización neoliberal, que ha dado muestras de mayor simpatía por la herencia liberal decimonónica que por la revolucionaria, un órgano del mismo Estado, dependiente de la Secretaría de Gobernación, tuvo un nuevo impulso gracias a quien lo encabezó durante casi diez años, Guadalupe Rivera Marín, que dio al Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana una presencia definitiva entre el medio académico, gracias a la incorporación de una decena de becarios al año, que con el aporte del INEHRM podrían culminar tesis, y al concurso anual “Salvador Azuela”, cuyo objeto es premiar a la mejor investigación sobre el tema revolucionario. Asimismo, destacó por la elaboración y desarrollo de proyectos entre los que destacan el *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*, publicado en ocho volúmenes y en disco compacto y que fue elaborado por un equipo muy grande que incluyó a historiadores de todos y cada uno de los estados de la República.⁴⁵ También destacan publicaciones como la serie sobre la democracia, la celebración de congresos y simposios, sobre todo el que tuvo lugar en San Luis Potosí en 1990, y sus actividades de divulgación. Asimismo, la obtención de una sede permanente en la Plaza del Carmen, en el corazón del viejo San Ángel, con una importante biblioteca especializada.

El INEHRM produjo muchos libros importantes, debidos a autores que culminaron con ellos sus estudios de posgrado. Cabría mencionar a Francisco Meyer Cossío, Carmen Collado Herrera, Pablo Yankelevitch, Nicolás Cárdenas García y otros. Otra institución con fuerte presencia en el gremio es el Archivo Calles-Torreblanca, atinadamente dirigido por Norma Mereles de Ogarrio y que, además de tener los repositorios en forma óptima, publica un interesante boletín monográfico con tópicos de la época.

El último decenio del siglo XX fue escenario de una necesaria puesta al día, aunque tardía. Me refiero a la publicación en español de los libros de Hans Werner Tobler, el del ya mencionado Alan Knight y el de John M. Hart,⁴⁶ que ganaron muchos lectores por el hecho de haber aparecido en nuestra lengua y tratarse de historias generales.

⁴⁵ *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*, 8 v., México. INEHRM, 1990-1994. Hay versión en CD Rom. Obviamente a partir de 2000 el Estado concluyó su vinculación con la ideología de la Revolución Mexicana; no obstante, el INEHRM, lejos de desaparecer, cobró un nuevo impulso bajo la dirección de Javier Garciadiego.

⁴⁶ John Mason Hart, *El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución Mexicana*. México, Alianza Editorial Mexicana, 1990, 574 p.

Un hecho notable lo constituye la aparición del *Pancho Villa* de Friedrich Katz, simultáneamente en inglés y en español.⁴⁷ Ya antes de su publicación, habían aparecido muchos adelantos en revistas. Si bien se trata *strictu senso* de una biografía, el género o al menos el interés en las personas de la Revolución ha sido notable: Pedro Castro rescató a Adolfo de la Huerta, Martha Loyo a Joaquín Amaro, Gregorio Sosenski, Javier Moctezuma Barragán y Ana Rivera Carbó,⁴⁸ cada uno por sí, le dedicaron su atención a Francisco J. Múgica; Pedro Salmerón lo hizo con Aarón Sáenz y Pablo Serrano con Basilio Vadillo.⁴⁹

La historia diplomática se enriqueció con las aportaciones de Lorenzo Meyer, con *Su majestad británica*, mientras que Carlos Illades, Óscar Flores Torres y Josefina MacGrégor estudiaron el campo español, y Pablo Yankelevich⁵⁰ la proyección hacia el sur de América. Por su parte, los aspectos culturales se enriquecieron con la puesta en español del extraordinario libro de Claude Fell sobre Vasconcelos,⁵¹ y los trabajos de Fernando Curiel sobre el Ateneo, de Javier García-diego sobre la Universidad y los de Víctor Díaz Arciniega en torno a lo que llamó “la querrela revolucionaria de 1925” y sobre Alejandro Gómez Arias.⁵² Los aspectos educativos fueron objeto de los análisis

⁴⁷ Friedrich Katz, *Pancho Villa*, 2 v., México, Ediciones Era, 1998.

⁴⁸ Pedro Castro, *Adolfo de la Huerta. La integridad como arma de la Revolución*, México, Siglo XXI Editores y UAM Iztapalapa, 1988, 300 p. Martha Loyo, *Joaquín Amaro y el proceso de institucionalización del Ejército Mexicano, 1917-1931*, México, Fondo de Cultura Económica-UNAM-INEHRM-Fideicomiso Archivos Calles-Torreblanca, 2003, 194 p. Gregorio Sosenski, *La cuarta frontera de Baja California y el gobierno surpeninsular de Francisco J. Múgica*, México, INEHRM, 2001, 491 p. Javier Moctezuma Barragán, *Francisco J. Múgica. Un romántico rebelde*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, 695 p.

⁴⁹ Pedro Salmerón Sanginés, *Aarón Sáenz Garza. Militar, diplomático, político y empresario*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2001, 318 p. Pablo Serrano Álvarez, *Basilio Vadillo Ortega. Itinerario y desencuentro con la Revolución Mexicana, 1885-1935*, México, INEHRM, 2000, 464 p.

⁵⁰ Lorenzo Meyer, *Su Majestad Británica contra la Revolución Mexicana. El fin de un imperio informal, 1900-1950*, México, El Colegio de México, 1991, 579 p. Óscar Flores Torres, *Revolución Mexicana y diplomacia española. Contrarrevolución y oligarquía hispana en México, 1900-1920*, México, INEHRM, 1995, 467 p. Carlos Illades, *Presencia española en la Revolución Mexicana*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1991, 182 p. Josefina Mac Grégor, *México y España, del Porfiriato a la Revolución*, México, INEHRM, 1992, 243 p., y *Revolución y diplomacia. México y España, 1913-1917*, México, INEHRM, 2002, 487 p. Pablo Yankelevich, *Miradas australes. Propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución Mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930*, México, INEHRM, 1996, 418 p.

⁵¹ Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1989, 742 p.

⁵² Fernando Curiel, *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998, 458 p. *Ateneo de la Juventud (A-Z)*,

de Engracia Loyo, mientras que Guillermo Palacios se ocupó de los maestros en su papel de intelectuales.⁵³

La Revolución Mexicana, aunque haya dejado de ser *la revolución preferida*, ya no de los *scholars* estadounidenses, sino del gobierno mexicano, sigue siendo tema digno de estudio. Desde perspectivas diferentes, gracias a la contribución de Manuel Ceballos Ramírez, temas paralelos en temporalidad a la Revolución, como el catolicismo social, cobran una relevancia que no había tenido y hace que se enriquezca el conocimiento de la propia Revolución, mientras que el papel de los protestantes fue puesto en juego por Jean Pierre Bastian, así como por Rubén Ruiz Guerra. Por su parte, la sabiduría de Moisés González Navarro penetra en el intrincado mundo de los masones jaliscienses.⁵⁴ La economía, por su parte, sigue siendo un tema frecuentado, pero ha tenido las aportaciones de la ya mencionada Carmen Collado, María Eugenia Romero y Mónica Blanco, entre otros.⁵⁵ Y además de los aspectos acotados por el nexo interdisciplinario, está lo que puede llamarse historia social a secas, que recupera la explicación en torno a la militancia, a la decisión de tomar las armas, como la emprendida por los voluntarios extranjeros que se sumaron a la Revolución, en la pluma de Lawrence Taylor, la sociedad armada que propició la caída de Porfirio Díaz, según la recreó Santiago Portilla, y los norteños que ter-

México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2001, 207 p. "Anejo documental", en Juan Hernández Luna, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, 3a. ed., pról., notas y apéndices de..., seguido de un anejo documental de Fernando Curiel, México, UNAM, 2000, 509 p. Javier Garcíadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México-UNAM, 1996, 455 p. Victor Díaz Arciniega, *Querrela por la cultura "revolucionaria"*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, 206 p.

⁵³ Engracia Loyo, *Gobiernos revolucionarios y educación popular en México, 1911-1928*, México, El Colegio de México, 1999, 369 p. Guillermo Palacios, *La pluma y el arado. Los intelectuales pedagogos y la construcción sociocultural del "problema campesino" en México, 1932-1934*, México, El Colegio de México y CIDE, 1999, 261 p.

⁵⁴ Manuel Cevallos, *El catolicismo social en México: un tercero en discordia. Rerum Novarum la "cuestión social" y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911)*, México, El Colegio de México, 1991, 447 p. Jean-Pierre Bastian, *Los disidentes. Sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1911*, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 1989, 373 p. Rubén Ruiz Guerra, *Hombres nuevos. Metodismo y modernización en México (1873-1930)*, México, Centro de Comunicación Cultural CUPSA, 1992, 173 p. Moisés González Navarro, *Masones y cristeros en Jalisco*, México, El Colegio de México, 2000, 117 p. (Jornadas, 131).

⁵⁵ María del Carmen Collado Herrera, *Empresarios y políticos, entre la restauración y la Revolución, 1920-1924*, México, INEHRM, 1996, 381 p. Mónica Blanco, *Revolución y contrarrevolución en Guanajuato, 1908-1913*, México, El Colegio de México-UNAM, 1995, 226 p., y María Eugenia Romero Ibarra, *Manuel Medina Garduño, entre el Porfiriato y la Revolución en el Estado de México, 1852-1913*, México, INEHRM, 1998, 221 p.



minaron formando la poderosa División del Norte, como la estudió Pedro Salmerón Sanginés.⁵⁶

Por lo que respecta a consideraciones generales, las aportaciones de Javier Rico Moreno⁵⁷ y Thomas Benjamín⁵⁸ pueden servir de corolario a lo que ha sido un esfuerzo historiográfico sostenido, al igual que la síntesis elaborada por Javier Garciadiego para presentar una antología de lecturas sobre el proceso.⁵⁹

El rescate de los actores sociales al despuntar la década de los setenta fue y seguirá siendo la nota dominante de la producción historiográfica de la Revolución Mexicana. Gracias a ella se han iluminado rincones oscuros, de manera que al inicio del siglo XXI el conocimiento de los hechos que la constituyen es abundante, profundo y detallado. Aparentemente se puede pensar en el agotamiento de las vetas, pero todavía hay muchas preguntas que hacerle a ese proceso histórico que ha sido rescatado por los historiadores académicos de la manipulación de los políticos que la deformaron para justificar su presente. Las innumerables preguntas acerca de quiénes hicieron la Revolución y por qué la hicieron siguen abiertas.

⁵⁶ Lawrence Taylor, *La gran aventura de México. El papel de los voluntarios extranjeros en los ejércitos revolucionarios mexicanos, 1910-1915*, 2 v., México, CONACULTA, 1993. Santiago Portilla, *Una sociedad en armas. Insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911*, México, El Colegio de México, 1995, 652 p., ils. Pedro Salmerón Sanginés, *La División del Norte*, tesis doctoral, México, UNAM, Programa de Posgrado en Historia, 1993 (en proceso de publicación).

⁵⁷ Javier Rico Moreno, *Pasado y futuro en la historiografía de la Revolución Mexicana*, México, CONACULTA-INAH-UAM Azcapotzalco, 2000, 272 p.

⁵⁸ Thomas Benjamín, *La Revolución Mexicana. Memoria, mito e historia*, México, Taurus, 2003, 309 p.

⁵⁹ Javier Garciadiego, *La Revolución Mexicana. Crónicas, documentos, planes y testimonios*, México, UNAM, 2003, XCII-407 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 138). Este libro es comentado *in extenso* en capítulo posterior.